

Un presidente indecoroso.

No importa cuantos salgan a defender su acción, la cantidad de argumentos para justificar su osadía, su rango de autoridad de poder hacer lo que quiera, su levedad mental e intelectual, su acostumbrado arrojo de falta de protocolo o incontenible e irracional verborrea, pero lo que hizo Piñera en la Plaza de la Dignidad no tiene nombre.

Muchos dirán que criticarlo es parte de la cultura de nuestra dolida sociedad, que los zurdos no le perdonan ni una, que se trató de un exabrupto de cabro chico y que siempre hará lo que se le ocurra de manera impulsiva y sin medir las consecuencias o que no debe dársele más importancia de lo que merece el tema, pero no se puede perdonar aquello que se hace desde la alta esfera en que hoy se mantiene.

Si este personaje es capaz de hacer tal aberración social, en medio de la más dura pandemia que hayamos tenido memoria, en medio de una declaración de cuarentena y restricción de movilización, donde hay gente sufriendo y muriendo y no hay nadie que le pueda decir que eso está mal (imaginamos su mujer, secretario, guardia o chofer), mintiendo abiertamente para tratar de justificar su acción, entonces debemos preocuparnos de las decisiones realmente importantes que debe adoptar. Acostumbrado a ser el matón del curso, el hábil gestor de su fortuna, el padrino de una mafia familiar, podemos darnos cuenta que el interés social del país está lejos de su ideario y herencia política.

Palacio se escuda en el hecho de que fue elegido y que su mandato concluirá cuando la fecha de expiración del mismo acabe. Mientras tanto debemos seguir siendo testigos de sus cada vez más indignas actuaciones, aquellas que lo alejan de la ciudadanía que le dio su voto y que hoy (reflejado en las encuestas) están absolutamente arrepentidos de ello. Aún nos quedan 2 años para soportar su imagen, su presencia, su infantil soberbia y sus dichos y hechos inconexos.

En medio de esta crisis sanitaria nadie quisiera estar en sus zapatos, menos durante el estallido social de octubre y tampoco nadie quiere ser reconstructor de identidades, estado o bienes destruidos. A Piñera solo le falta un terremoto y tendríamos un país hecho a la medida de sus predicciones. Podrá restregarse las manos por el resultado de la Teletón (que superó la meta del año anterior), y aparecer radiante y grotescamente contento en las cámaras, pero no podrá sacarse el estigma eterno de la corrupción mental con la que dirigió esta nación.